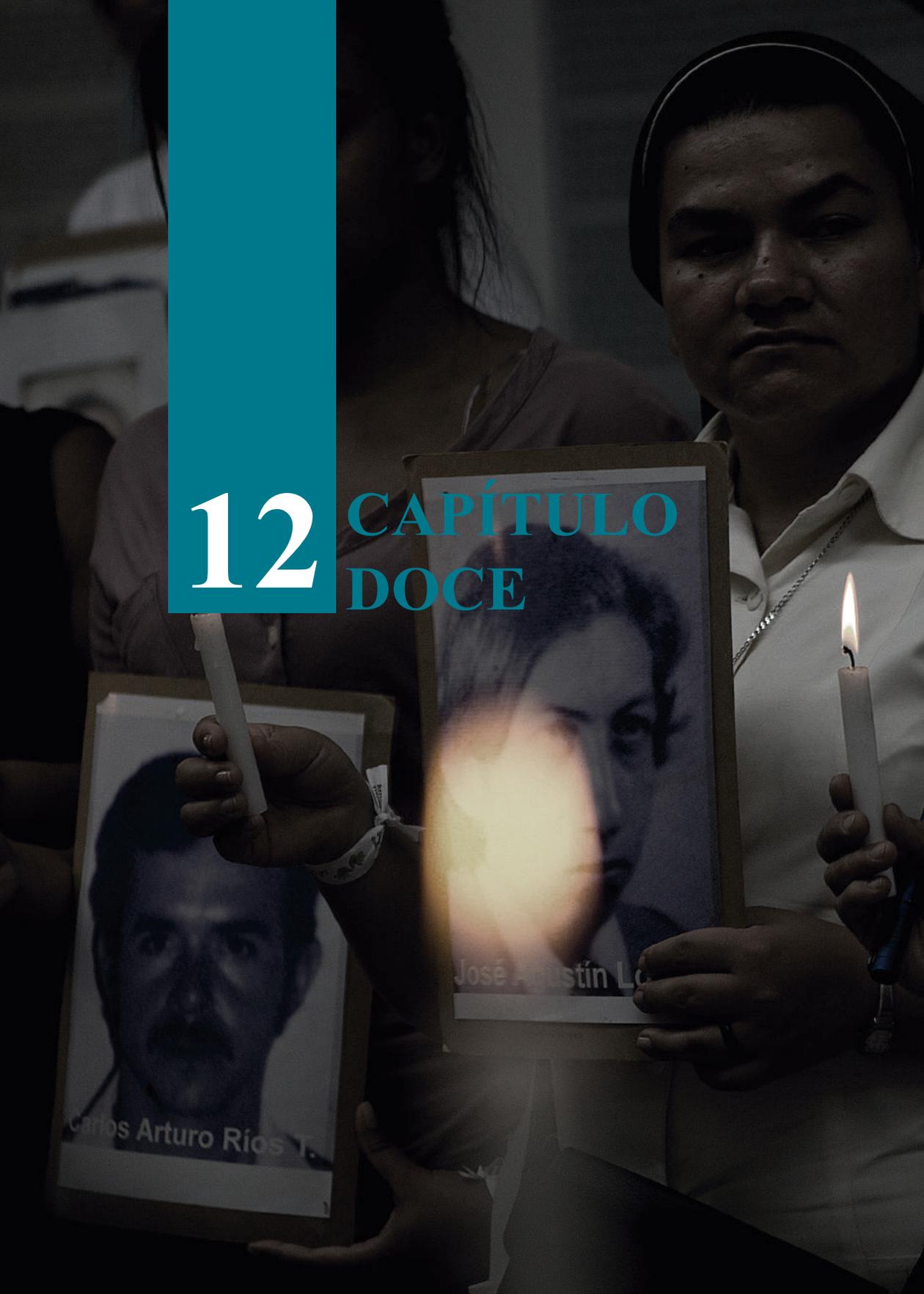


12

CAPÍTULO DOCE



Carlos Arturo Ríos T.

José Agustín Le



Narrativas, obsolescencias y hegemonías

Camilo Lozano Rivera⁶¹

Resumen

Este ensayo articula realizaciones teóricas sobre los conceptos de narrativa, obsolescencia y hegemonía, como recurso para ensamblar un análisis específico sobre la memoria colectiva. El objetivo es mostrar cómo el conjunto de estas articulaciones teóricas puede aportar los lineamientos generales dentro de un marco fértil para el estudio de narrativas situadas territorialmente, concernientes a asuntos de índole política y a los desafíos para la paz en sus diferentes contextos sociales y culturales. Aunque la revisión bibliográfica que nutre este ensayo no es ni mucho menos exhaustiva -debido a la amplitud del campo de surgimiento de cada uno de los conceptos en juego- se espera que promueva una curiosidad útil que oriente indagaciones bien localizadas.

61 Maestría en Memoria y Escenarios Transicionales. Universidad Católica de Manizales. Correo electrónico: clozano@ucm.edu.co. Algunos aspectos centrales de este ensayo surgieron en la redacción de la tesis entregada por el autor al Doctorado en Estudios Territoriales de la Universidad de Caldas, en junio de 2020.

Palabras clave: narrativas hegemónicas, obsolescencia, poder, memoria.

Narrativas

La ilusión de que las narrativas son expresiones cristalinas de los acontecimientos experimentados por una persona o un grupo, continúa teniendo vigencia a nivel general. Esto se debe a una suerte de equivalencia trazada entre el lenguaje y el pensamiento sin mucho asidero empírico, según la cual el pensamiento está determinado a nivel general por las categorías que se emplean a nivel del lenguaje (Reynoso, 2015). A pesar de ser un juicio continuamente re-evaluado dentro de los contornos de ciertos sectores académicos, todavía se encuentra muy lejos un consenso sobre la veracidad de los relatos narrados o sus dimensiones constitutivas. Es decir, se reconoce algún grado de determinación de los procesos de pensamiento a causa de las categorías del lenguaje, pero las experiencias concretas ponen de manifiesto que el carácter profundamente constructivo de la memoria (Solcoff, 2001) tiene un papel preponderante en la organización de los acontecimientos en una línea temporal y, por lo tanto, en los efectos comunicativos de una narración.

El concepto mismo de *narrativa* tiene un largo linaje intelectual. Su uso lo vincula con disciplinas distintas entre sí aunque próximas en cuanto a su gran área, como lo son la crítica literaria, la antropología, la psicología o los estudios de la comunicación. Se trata de un concepto anclado a perspectivas epistemológicas relacionadas al interior de las Ciencias Humanas. Sin embargo, no resultan siempre suficientemente claros los atributos de lo que se entiende por narrativas, ni tampoco cuáles son los límites de su aplicabilidad en función de las características que le son propias a cada problema de investigación por separado. En este ensayo exploramos la problemática del valor asignado a determinadas narrativas en contienda con la memoria en escenarios de transicionalidad. Pero antes de centrarnos en ese problema, veamos algunos puntos de orden teórico sobre el concepto de narrativa en líneas generales.

En el volumen más reciente del *Handbook of narrative analysis* (Herman y Vervaeck, 2005) los autores proponen una reflexión abarcadora sobre el análisis basado en narrativas en el que destacan, primordialmente, la relevancia que tiene el vínculo entre una narración y un contexto. El contexto puede entenderse aquí como una fuente general de estímulos viso-espaciales, acústicos y verbales que se procesan con recursos limitados de atención (Baddeley, 2003). El vínculo propuesto entre las narrativas y el contexto tiene implicaciones que van más allá del plano léxico; el término “narración”, en este caso, se utiliza de manera aproximada al término *texto* en su sentido más abarcador, que no necesariamente está en una relación directa con la escritura sino, más bien, con la discursividad. Una narrativa, en esta línea de análisis y en sus distintas expresiones de tipo oral o escrito, es un fenómeno correspondiente con el ámbito del discurso en mayor grado que con el campo de la escritura como tecnología, forma de inscripción u oficio.

Lo que alguien narra, como resultado de un proceso evocativo y reconstructivo del recuerdo no está exento de los parámetros de la ideología y la experiencia, en virtud de que ambas están enraizadas en el orden contextual. En toda narración hay un espacio (en ocasiones breve) que alberga, por un lado, contenidos de carácter político, por cuanto el concepto mismo de ideología -desde Karl Marx, pasando por Walter Benjamin y hasta Slavoj Žižek- alude casi generalmente a la relación de dependencia, consciente o no, de un repertorio de ideas albergadas individualmente con respecto a la realidad social, que se estructura por la conflictividad y la lucha de fuerzas. El hecho de que la experiencia y la ideología sean vivenciadas de manera individual le asigna un lugar a las subjetividades, existiendo la posibilidad de que en cualquier narración tenga presencia un componente autobiográfico. Pero esto no quiere decir que sea necesario resignarse a un enfoque individualista o exageradamente relativo sobre las narrativas, ya que la subjetividad se piensa como el resultado de adquirir, por la vía de la transmisión cultural, contenidos disponibles social y colectivamente. Algunos de estos contenidos son compartidos, no únicamente como efecto de reunirse a reconstruir experiencias compartidas, sino también porque hacerlo produce formas de regulación emocional en las personas y los grupos modificando sentimientos y conductas para

quienes recuerdan, con respecto a los eventos vividos (Maswood y Rasmussen, 2019). En este sentido, la experiencia subjetiva se presenta como una consecuencia de la socialización y la exposición individual a la experiencia colectiva y no como su principio (Cabrera, 2014).

Tomando en cuenta entonces que la experiencia subjetiva es una forma de experiencia social, aunque verdaderamente cercana a la esfera personal y las sensibilidades, las narraciones albergan también contenidos de carácter existencial que superan los bordes de cualquier individualidad e incluyen los puntos de intersección entre las personas y los grupos. Los hechos de violencia signados por la condición inevitablemente traumática que dejan a su paso y la alteración en el tejido social que esto ocasiona, constituyen en el caso colombiano un importante desafío para la consolidación de la paz territorial. La existencia individual y la subjetividad -así como la experiencia y la consciencia de sí atravesadas por las condiciones del contexto y la ideología- sintetizan el conjunto total de oportunidades al que, en sentido amplio, un sujeto ha estado expuesto durante su trayectoria vital. Esta experiencia vital, en condiciones normales de desarrollo, se da siempre en un marco social dinamizado por las influencias inter-personales, las conductas desplegadas socialmente y los contextos o situaciones concretas en los que se da este despliegue (Bandura, 2018). A nivel metodológico, en relación con la investigación de base narrativa, aunque en el registro de la experiencia pueda primar la dimensión individual, la experiencia misma constituye una ocasión de convergencia entre lo individual, lo diverso, la intención de generar efectos con las acciones propias y el contexto, que es a todas luces colectivo pero participa de la conformación de las distintas subjetividades aportando estímulos, ideas, valores y repertorios de significaciones que se adquieren a través de la interlocución sostenida en el tiempo y en el espacio.

Como vemos, en el cruce de la experiencia individual y las fuerzas sociales la cognición desempeña un papel primordial. Este papel es cercano también a la cultura, definida en términos de las distintas formas de representación del conocimiento que se traducen en un conjunto sistemático y dinámico de normas, actitudes, creencias y valores que, presentes y distribuidos en un grupo, detentan la capacidad

de reproducirse y de transformarse (Matsumoto y Juang, 2008). Con ajuste a esta definición, no sobra señalar que tanto los valores como las creencias son productos cognitivos que, al mismo tiempo, cumplen la función de “filtrar” los contenidos que compartimos con otros y que empleamos para atribuir sentidos, significados o formas clasificatorias sobre el mundo. Los efectos que tienen y que juegan tanto ese filtrado como esas clasificaciones resuenan colectivamente, creando un cierto sentido de unidad y propiciando procesos de identificación que no requieren de la consanguinidad, sino de las distintas formas de afinidad y de agenciamientos que son posibles en la relación que cada persona pueda desarrollar y fortalecer con respecto a un grupo para transformar o consolidar su propia identidad (Rivera-Cusicanqui, 2018).

La interacción que funciona como requisito de las relaciones sociales y los procesos que engendran las identidades y el carácter colectivo de la memoria, encuentra en las narrativas una circunstancia importante para la transmisión o la creación de significaciones que pueden llegar a distribuirse ampliamente hasta el punto de llegar a ser compartidas con otros a nivel consciente. Cuando este proceso se consolida, las narrativas, la cultura, la identidad y la cognición se imbrican, generando las condiciones necesarias para el florecimiento de la ingente variedad de expresiones que tienen las culturas, con toda la complejidad que anida en cada una de ellas.

Desde una mirada más estructural sobre las narrativas y su función con respecto a la producción y/o la transformación de la memoria colectiva, es fundamental reconocer que los acontecimientos específicos que se suceden en una narración no pueden considerarse prescindiendo de los agentes que están envueltos en cada uno de ellos. El uso del término “agente” obedece a la decisión teórica de considerar que los personajes que desempeñan roles dentro de la narración y ocupan posiciones bien definidas en el transcurso de una serie de acontecimientos, son de vital importancia para la resolución de las narrativas mismas gracias a su capacidad de agencia. Esto es, de la medida en que sus acciones, ejecutadas individualmente, expanden una serie de consecuencias que influyen y tienen resonancia en el contexto, las colectividades y, por qué no, la historia en general. En este sentido, quienes participan de

una narración ponen de manifiesto con sus acciones que lo que está en juego es su agencia. El análisis narrativo en esta perspectiva estructural, enfatiza y procura agrupar el conjunto general de los roles que se ejecutan en una narración, este conjunto es muchas veces de carácter abstracto y los roles que identifica no necesariamente coinciden con los personajes de facto en una sucesión de eventos, aunque los roles son desempeñados siempre por agentes específicos. Estructuralmente, la conjunción entre los agentes y los roles presenta una panorámica general de las relaciones existentes en la trama narrativa, de sus vinculaciones significativas con los acontecimientos y el contexto de la narración.

La sistematización de estas relaciones es uno de las finalidades del análisis estructural de la narrativa (Lee, 2020); más importante que el contenido de lo narrado, las particularidades de los acontecimientos o las posiciones de los actantes con respecto a los roles, es la concatenación general entre todos estos aspectos, por cuanto se tiene como punto de partida que la estructura de la narración no es un observable directo sino el resultado de la implementación de un análisis racional y relacional sobre los aspectos narrativos, a causa de las vinculaciones efectivas entre ellos y en lo narrado.

Un punto a favor de este enfoque, que lo relaciona con las nuevas preguntas en el campo de la investigación basada en narrativas, es el reconocimiento de que estas operan indefectiblemente en contexto y, por lo tanto, en relación con las ideologías, en el sentido amplio del término cuyo sentido es siempre político aunque no necesariamente negativo. Esto se debe a la consideración de que la ideología impregna todo discurso que tenga por objeto definir, delimitar y especificar en qué consiste lo humano, apoyado por un conjunto de ideas conscientes o inconscientes, que cumplen con la función de organizar los contenidos de la realidad para dar sentido al mundo. La asignación de una u otra clase de valor a determinada narrativa, cuando hay varias de estas en contienda, obedece en ocasiones a la fuerza relativa de determinada elección ideológica con base en la cual atribuir significaciones al pasado. Es en este sentido que el valor es concebible de un modo diferente al tradicional, es decir, como lo que la gente desea, lo que está dispuesta a intercambiar para satisfacer ese deseo o lo que es considerado más adecuado moralmente y, en ese sentido, más valioso.

Una alternativa, más antropológica si se quiere, es considerar que el valor es también lo que la gente *debería* desear y que funge como una medida no de las cosas sino de las acciones (Graeber, 2001). Esta perspectiva refuerza la interpretación de que asignar un determinado valor a una de las narrativas en contienda con respecto a los acontecimientos y acciones que definen el pasado colectivo por sobre todas las demás, es al mismo tiempo una modalidad de sugerir e implementar tácitamente la versión que se considera más deseable para que se distribuya socialmente en una población. Así, por ejemplo, los denominados lugares de memoria, consisten en elaboraciones sobre el valor de determinadas narrativas sobre el pasado, por la evaluación que hacen de las acciones en los eventos que lo definen. Por lo tanto, están orientadas a fines de implementación de una versión estandarizada del pasado y la memoria, implicando en muchos casos subestimar o excluir otras versiones sobre los eventos del pasado y poniendo en marcha una producción hegemónica de la memoria.

En cuanto a un enfoque que podemos denominar existencial, las narrativas son una ocasión para la intersubjetividad. Como expusiera el antropólogo neozelandés Michael D. Jackson la cuestión de cómo podemos obtener conocimiento de otras personas no comienza por la formulación de preguntas abstractas, sino por la certeza de que, a pesar de las diferencias culturales, lingüísticas o de cualquier otro tipo, las personas interactúan (1998, p. 190). En el marco de estas interacciones, inevitables u obvias, toma fuerza y adquiere una mayor representatividad lo que las personas tienen en común, incluso por encima de los sentidos de singularidad o las diferencias culturales o de otro tipo que puedan ser determinantes para el avance de procesos definidos de identificación.

Antes que reproducir una concepción de la relación sujeto-objeto como si fuera una dicotomía, este enfoque sitúa a la intersubjetividad como un campo de mutaciones de la experiencia que se da por el intercambio y que no arroja resultados fijos, permanentes o inmutables. Más bien ofrece un acceso a los intersticios cambiantes de la condición humana en al menos dos sentidos complementarios. Por un lado, el mundo vivido desde la experiencia fenoménica, que sitúa al sujeto en una relación de interdependencia con todas las demás entidades que

constituyen la realidad, convirtiendo la cuestión de “en qué consiste el mundo” en algo diferente, a saber, “cómo es ser-en-el-mundo”. Esto indica que la indagación en las narrativas se beneficia del énfasis en la intersubjetividad en la medida en que no se pregunta por el mundo en sí mismo, sino por la manera como el mundo es representado por un actor geográfico, sea este individual o colectivo. Esta representación del mundo sirve como base para vivir en el mundo y establece con mayor claridad las diferentes maneras de habitar la realidad de la que se hace parte.

Semejante perspectiva entrega un lugar prevaleciente a los elementos biográficos en los acontecimientos sucesivos dentro de una narración. Esto se debe a que los elementos biográficos, en su conjunto, permiten componer imágenes vívidas sobre las realidades individuales con base en las singularidades de la experiencia propia. En este sentido, las diferentes formas como se expresan los detalles de una realidad específica dentro de un microcosmos social están más cerca de las particularidades fundantes de la vida cotidiana que de las elaboraciones intelectuales y relativamente abstractas que se puedan efectuar con respecto a la experiencia. Tienen también una mayor relevancia las condiciones del ser para sí mismo que experimenta cada uno de los o las participantes dentro del intercambio narrativo y los acontecimientos se van ordenando con respecto a las acciones individuales, aunque se den indefectiblemente dentro de un contexto de situación que siempre es más amplio y abarcador.

Por otro lado, está la visión genérica del mundo. Este es el ámbito regulado por las premisas empleadas para comprender el mundo, ya no únicamente desde una perspectiva sensible y personal, sino otorgando un papel preponderante a la experiencia compartida con un grupo. Se trata de la aprehensión individual de un conjunto ordenado de principios orientados por la sociedad y la cultura a partir de los cuales se interpreta y se da sentido a la experiencia vital. El término alemán *Weltanschauung* es amplia y usualmente empleado en el discurso de las Ciencias Humanas para simplificar este aspecto de la visión del mundo (Goldman, 2012). También el término *cosmovisión* que, en definitiva, es un calco del término alemán puesto que originalmente este término

se compone de dos unidades léxicas diferentes para componer una única unidad de significado más compleja: el lexema *Welt* (mundo-cosmos) y el sustantivo *anschauen* (ver u observar).

Pero el asunto de mayor interés aquí es que las narraciones constituyen un medio importante para la distribución de las visiones del mundo, por cuanto se enmarcan siempre en historias más abarcadoras que incluyen en su desarrollo la participación de actores individuales e institucionales y sus acciones, que exceden el contexto local de la narración, además de las condiciones estructurales de determinado momento histórico o lapso de una sociedad. Las particularidades de la relación de determinado individuo con el conjunto de principios cultural y socialmente ordenados que orientan la interpretación del mundo, se vale de las representaciones colectivas que son compartidas y que descansan en el reconocimiento de las mismas concatenaciones de símbolos (como insignias, banderas, prendas de vestir, celebraciones o rituales) y, por lo tanto, de las mismas estructuras de significación.

En este sentido, expresan los contenidos que están relacionados con las diferentes formas de ser para los otros que hacen parte de la vida social y, evidentemente, de las dinámicas de la intersubjetividad. En este ámbito de las visiones del mundo (tal vez de manera más visible que en el ámbito del mundo vivido) las narrativas ponen de manifiesto que el *ser* consiste en una permanente disputa que busca reconciliar las experiencias compartidas y las experiencias singulares, a través de las acciones que se ejecutan individualmente, pero que también están influenciadas por las resonancias que tienen alcance sobre cada quien, los acontecimientos que discurren inevitablemente en la vida social, sus consecuentes resultados y transformaciones. De este modo, la intersubjetividad no se reduce al campo de acción de cada participante en determinado tipo de relación e incluye también el hecho de que, enmarcados por la vida social como efectivamente estamos, somos al mismo tiempo actuados por lo que ocurre en el contexto del que hacemos parte, en la realidad que contribuimos a producir y reproducir y en la historia que sirve como marco general para cada una de nuestras intervenciones en el mundo, sean estas desarrolladas en el nivel fáctico de la vida cotidiana o en el más conceptual de la interpretación o las reflexiones posibles.

El análisis de las narraciones fundamentado en los hechos psicológicos y sociales -en lugar de abstracciones y cercos teóricos- resulta considerablemente más útil para avanzar en un análisis sobre los desafíos territoriales de la paz en una sociedad en período de transición, como es el caso colombiano, que pueda tomar distancia de planteamientos ideales y se ajuste mejor a las condiciones de posibilidad más objetivas, que determinan los diferentes contextos comunitarios y de socialización (Herman y Vervaeck, 2005). Es precisamente en el seno de los acontecimientos -que al mismo tiempo son una parte fundamental del contexto y una fuerza que tiene resonancia sensible en los individuos- en donde se ubican los rudimentos de la memoria colectiva, porque allí se produce lo *memorable*. Los acontecimientos que, por una razón u otra, resultan disruptivos con respecto al curso acostumbrado de las cosas, destacan generando una impresión que no se desvanece por sí sola y que se traduce en una fuerza representativa que introduce la necesidad de comunicarse y compartir. Así, los acontecimientos que resaltan en el mundo vivido, bien sea por sus virtudes o a causa de su perversidad, toman una forma narrativa cuando se rememoran (Jelin, 2017).

La memoria -en este orden de ideas- es simultáneamente un fenómeno psíquico y un fenómeno social; se debe al funcionamiento sistemático de los procesos del pensamiento, pero a su vez adquiere forma y sentido para una colectividad como parte de su inserción en los intercambios que tienen lugar dentro de las interacciones. No se trata únicamente de la conjunción armónica de una serie de capacidades cognitivas intracerebrales, puesto que se complementa con la puesta en escena del discurso, que involucra los cuerpos y, por extensión, las formas domesticadas que estos han adquirido por la vía de la práctica del mundo, según los principios que rigen la vida social y cultural. Esta perspectiva ofrece una invitación a considerar que la memoria es un objeto más intrincado que el conjunto de mecanismos cognitivos a los que se debe y que su función de almacenamiento de información. De hecho, a nivel del análisis narrativo, es incluso más pertinente considerar las extensiones de la memoria o sus circuitos externos, que están materializados en las prolíficas bases de datos que se han ido construyendo a lo largo de la historia, como las bibliotecas, las

inscripciones de todo tipo de las cuales la escritura no es sino una entre otras tecnologías y, más recientemente, el auge de la Internet (Bartra, 2014). Pero también de las distintas modalidades de tejido de la experiencia significativa, memorable y propia, con el conjunto de acciones que definieron los acontecimientos pasados y, por ende, aspectos relevantes de la propia historia.

Obsolescencias

La noción de obsolescencia suele equipararse al proceso de establecer los parámetros y los límites de la duración de una mercancía desde el momento de su fabricación. Esto se conoce como “obsolescencia programada” y, conviene reconocerlo, es un proceso ubicuo en el mundo contemporáneo. Sin embargo, este no es el único tipo de obsolescencia que existe, en líneas generales, el de obsolescencia es un estado transitorio experimentado por algo o alguien sobre el que recae una depreciación de valor, cuando no se quiere más, independientemente de que se encuentre en perfectas condiciones de funcionamiento. Semejante estado tiene que ver con la caída en desuso o la desactualización. La transformación a la que obliga la obsolescencia -entendida en este sentido más ampliamente que la simple obsolescencia programada- puede deberse a factores diversos tales como cambios en los parámetros de diseño, el surgimiento de nuevas invenciones, la sofisticación de los medios de producción o factores externos a veces indeterminados, que ocasionan un declive en la deseabilidad de una persona o un objeto y, en consecuencia, una disminución de su valor atribuido (Butt et al., 2015).

A pesar de la relativa transparencia con que se emplea la noción de obsolescencia, generalmente referida en los términos antes expuestos, consideramos que la fertilidad de esta noción permite extrapolarla a otros ámbitos de análisis de la vida social, más allá del aspecto mercantil, económico o diseñístico. Por ejemplo, en relación con procesos sociales de largo aliento sobre los cuales una o varias comunidades demandan de distintas formas una transformación urgente y a largo plazo. Especialmente cuando estos procesos sociales son disruptivos en relación a la humanidad misma, acarrear intensos duelos con sus respectivos dolores asociados, profundas heridas en el entramado social

y dramas que a causa de su intensidad marcan la historia y definen aspectos existenciales para las personas, los grupos y sus territorios, impactando los referentes a partir de los cuales se construyen y se distribuyen las representaciones colectivas. Uno de estos procesos sociales es la guerra.

Las sociedades despliegan intensas ejecuciones performativas cuando pretenden establecer o demarcar el final de una sucesión específica de acontecimientos, algunas de ellas signadas de manera lamentable por acciones abyectas, dolorosas y violentas. La gravedad de los actos sediciosos de violencia que impregnan la cotidianidad colombiana en todos los niveles, por ejemplo, tiene afectaciones profundamente negativas expresadas con lacerante claridad en el dolor de las víctimas, la persecución de las luchas por los derechos colectivos y las comunidades resquebrajadas en lo más profundo de su estructura afectiva. Un punto de referencia sobre la elaboración colectiva de la transición política para el caso colombiano, es la firma del Acuerdo de La Habana, acto desarrollado en noviembre del año 2016 entre representantes del Gobierno Nacional y las FARC. El protocolo concreto de la firma del acuerdo constituyó al mismo tiempo un acto ritual y un acto político. Esto se debe a la búsqueda explícita de producir una ocasión lo suficientemente expresiva, concreta y de carácter público, con capacidad para crear o reforzar conectores sociales en la comunidad. En este sentido, una realización como esta especifica la relación vivida que tienen los miembros de una comunidad con la idea de un colectivo del que hacen parte y que los excede pero, al mismo tiempo, los contiene.

Al igual que todas las puestas en escena rituales, este protocolo tuvo y sigue teniendo evidentes implicaciones políticas, ya que allí no se definieron los lineamientos de unos intereses individuales, sino los detalles de un marco de referencia común y más amplio con el potencial de comprender los intereses de actores históricamente enfrentados y antagónicos de múltiples maneras. Este despliegue ritual y performático orientado a poner fin a una situación de guerra, expone la pretensión de un *transitar colectivo* hacia un estado de cosas diferente. En ese sentido, esta pretensión es también la de asignar un sentido obsolecente sobre el escenario anterior, el escenario de la guerra.

La obsolescencia de la guerra es un buen título para nombrar una utopía. Especialmente en el contexto colombiano del presente en el que destaca, con lamentable recurrencia, una ingente cantidad de imperfecciones en relación con la paz como un objetivo colectivo y las diferentes paces, con sus respectivas localizaciones y singularidades territoriales (Castillejo Cuéllar, 2018). Sería ingenuo -una actitud verdaderamente *naïve*- postular una única causa para explicar o al menos dar sentido a todas estas imperfecciones. Pero no es descabellado tomar en consideración que una de las causas posibles de un escenario, al mismo tiempo transicional e imperfecto como el de la Colombia del presente, sea el funcionamiento de la Justicia Transicional en el seno de la cultura política colombiana. Un análisis sobre este asunto particular necesariamente debería comenzar por el dictamen de un principio de realidad determinado por la enorme cantidad de normas que constituyen este esquema de Justicia en Colombia, en contraste con la escasez de implementaciones eficaces.

La multiplicación de las normas que rigen y que entran a hacer parte del acervo inconmensurable de la memoria exterior o de los circuitos de la memoria de los que hablara Roger Bartra (2014), se transforman en una maraña densa, comprensible únicamente desde algunas posiciones dentro del espacio social, casi siempre privilegiadas en cuanto a la disposición de capitales de orden social y cultural (por ejemplo los abogados y demás conocedores internos de los reveses de la estructura de la jurisprudencia nacional). Esta maraña densa se asemeja a una figura abigarrada y pomposa, recargada discursivamente y también bastante ostentosa en el nivel de su formulación. Pero el punto álgido reside en que la necesidad localizada de las comunidades es -o debería ser- la fuente de donde emanan los requerimientos de la Justicia Transicional y sus demandas, con la posibilidad de orientarlas hacia una gestión más expedita y, por esta vía, a una implementación más eficaz y menos acachada por la redundancia.

A propósito de un tema diferente, el antropólogo Georges Bataille (2003) comparaba dos formas de conocimiento según él opuestas entre sí: el conocimiento académico y el conocimiento barroco. Para desarrollar esta comparación, Bataille discute las formas contrastantes

de representación de la figura animal del caballo presentes en la elaboración de monedas por parte de los griegos (como representantes de la civilización clásica) y los galos (antes de la colonización, por lo tanto como representantes de lo demencial y lo bárbaro).

Según aquel autor, los griegos alcanzaron un nivel de perfeccionamiento en la representación del caballo en sus respectivas monedas que es coincidente con su estado social y los requerimientos de perfección altamente valorados que coinciden con el conocimiento académico. Especialmente tomando en cuenta que el caballo mismo es un animal de figura proporcionada a pesar de que desciende de “pesados paquidermos”; en ese sentido, el caballo encarna en sí mismo la posibilidad de “imaginar como un hecho típico que figuras nobles y delicadas aparezcan al final de una supuración nauseabunda.” (Bataille, 2003, p. 17). Las representaciones de los galos, por otra parte, asemejaban más bien formas brutales, como caballos horribles, perturbadores y trastornados que venían siendo análogos al estado social de un pueblo convulso y sometido a los efectos directos de la sugestión. Estas dos alteraciones de las formas plásticas encarnan la oposición entre dos estilos que, en el argumento de Bataille, son directamente equiparables con los estados sociales de cada conjunto humano que se encamina a producirlas e incluso los representan.

Tal vez la Justicia Transicional colombiana, con su repertorio exponencial de normas y la precariedad excesiva en la implementación, se parezca más a los deformes caballos galos por su barroquismo indeleble. Y, a pesar de sus pretensiones de sofisticación sobre el papel y las inscripciones que obtiene en las esferas más altas del poder en la escala nacional, las demandas localizadas de los grupos subalternos requieren para lograr solventarse de formas resueltas y mucho más directas, como las representaciones del caballo griego. Desde este punto de vista, el enarbolamiento de las premisas o de los instrumentos jurídicos simbolizan el desorden barroco y provienen de un estado de cosas purulento que se cierne sobre la sociedad. Mientras que es de las comunidades de base -aquellas donde se arraigan las mayores afectaciones por causas violentas- con sus respectivos actores colectivos y geográficos, de donde emerge una mayor claridad con respecto a la

elegancia y la civilización de las que se vale el estilo académico, lo cual se representa en sus demandas de gestión eficaz, expedita, duradera y más resuelta para la justicia transicional.

Hegemonías

Las versiones sobre el pasado son en cualquier caso diversas y heterogéneas. Los intentos por unificar una sola versión sobre el pasado están, por lo tanto, siempre enmarcados dentro de un ejercicio de poder. Las clasificaciones, variantes o distintos estatus asignados a determinadas versiones del pasado, generan una organización jerárquica que refleja las aristas de una contienda permanente entre dichas versiones y sus defensores (individuales, colectivos, institucionales y/o geográficos), ávidos por obtener un acceso privilegiado al pasado y representarlo de manera más fidedigna e incluso adecuada que las demás.

En estas condiciones de contienda, las versiones sobre el pasado disputan legitimidad. Pero los recursos de legitimación disponibles dentro de una sociedad son siempre limitados y están circunscritos a dinámicas atravesadas por la política. A partir de estas premisas, podemos definir que existen versiones sobre el pasado que detentan una relación privilegiada con el poder, casi que una relación de “compatibilidad manufacturada” (Nexon y Neumann, 2018, p. 4) y son, en ese sentido, hegemónicas. Para estas versiones, toda posibilidad de contestación, re-elaboración y re-interpretación del pasado se presenta como desafiante. Sin embargo, existen siempre versiones sobre el pasado que son reactivas o que están en silencio (bien sea porque han sido objeto de coerciones o simplemente porque no han tocado la esfera de lo público); estas versiones son siempre menos atendidas y, en efecto, están relativamente más lejos del reconocimiento social que las demás.

Teniendo en cuenta el esquema general dentro del cual las versiones sobre el pasado están en una permanente contienda, a aquellas que tienen poca o ninguna visibilidad o están excluidas de las versiones legítimas sobre el pasado, podemos clasificarlas como versiones tácitas. Es importante señalar que el carácter tácito no las convierte en versiones ocultas sino que, más bien, las sitúa en una posición de

desventaja con respecto a otras, más cercanas a la legitimidad y los centros de poder. Una modalidad expresiva de estas versiones está en la narrativas. Las narrativas, en este sentido, se desenvuelven como instrumentos relevantes para observar y aprehender las asimetrías del poder con respecto a la elaboración colectiva sobre el pasado, en un contexto general de tensiones y disputas entre actores individuales e institucionales contendientes dentro del campo político.

Hay repertorios de narrativas que alcanzan una mayor visibilidad por la vía de una distribución más amplia o por la legitimación de la que han sido objeto, como consecuencia de su relación connivente con el poder. Pero hay otros que permanecen confinados en los márgenes, excluidos o directamente silenciados. Esto no depende de la calidad o los contenidos de la narración, como hemos intentado hacer notar, sino del contexto relacional que expresa la dinámica de la intersubjetividad y de las relaciones hegemónicas del poder. Las versiones tácitas sobre el pasado y las narrativas asociadas a ellas, pueden sostenerse en el tiempo y el espacio encarnando de esta manera una o más formas de resistencia.

El conjunto de las relaciones de poder que sirven como esquema de organización de las versiones sobre el pasado y las formas hegemónicas que emergen de todo ello, constituyen lo que algunos analistas han denominado las “políticas de la historia” (Molden, 2016). Estas políticas lo que reflejan son las relaciones y las dinámicas de poder que filtran y sacuden la memoria colectiva, en su dimensión material que incluye la experiencia y, simultáneamente, las formas de habitar la realidad y ser-en-el-mundo, así como las interpretaciones sobre las estructuras de significación a partir de las cuales se proyectan diferentes sentidos sobre la realidad en forma de cosmovisiones.

La memoria colectiva y su consecuente visibilización a través de las formas, los contenidos y los sentidos de las narrativas, constituyen un terreno propicio para el despliegue y las transformaciones de las diversas formas de agencia social. Las tensiones y las disputas que se presentan debido al orden hegemónico, disponen las condiciones de posibilidad para que distintos actores en posesión de determinada

versión del pasado y su narrativa, puedan eventualmente ejercer su capacidad de agencia sobre las estructuras políticas que definen sus destinos; y no sólo esto, pueden incluso llegar a crear las condiciones de posibilidad para el cambio político (Molden, 2016). Las prácticas de negociación necesarias para arribar a algo como esto se sustentan en todo caso en la cultura, a causa en buena medida de su sustrato material y simbólico, manifiesto y re-actualizado en las acciones y las derivaciones o resonancias colectivas que tengan lugar.

Referencias

- Baddeley, A. (2003). Working memory and language: An overview. *Journal of communication disorders*, 36(3), pp. 189-208.
- Bandura, A. (2018). Toward a psychology of human agency: Pathways and reflections. *Perspectives on Psychological Science*, 13(2), pp. 130-136.
- Bartra, R. (2014). *Antropología del cerebro. La conciencia y los sistemas simbólicos: Conciencia, cultura y libre albedrío*. Fondo de Cultura Económica.
- Bataille, G. (2003). El caballo académico. En: *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora. Pp. 13-18.
- Butt, T. E., Camilleri, M., Paul, P. & Jones, K. G. (2015). Obsolescence types and the built environment—definitions and implications. *International Journal of Environment and Sustainable Development*, 14(1), pp. 20-39.
- Cabrera, P. (2014). Propuesta teórico-metodológica para el estudio de la subjetividad desde una perspectiva antropológica. *Revista Virajes*, 16(1), pp. 185-208.
- Castillejo Cuéllar, A. (2018). Del ahogado el sombrero, a manera de manifiesto: esbozos para una crítica al discurso transicional. *Vibrant: Virtual Brazilian Anthropology*, 15(3).
- Goldman, S. (2012). The Psychology of Worldviews: Jaspers/Heidegger. *EPIS Journal*, 1.
- Graeber, D. (2001). Vaue as the importance of actions. En: *Toward an anthropological theory of value: The false coin of our own dreams*. Springer. Pp. 49-89.

- Herman, L. & Vervaeck, B. (2019). *Handbook of narrative analysis*. U of Nebraska Press.
- Jackson, M. (1998). *Minima ethnographica: Intersubjectivity and the anthropological project*. University of Chicago Press.
- Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado: cómo construimos la memoria social*. Siglo XXI Editores.
- Lee, E. (2020). *The Logic of Narratives*. Brill Rodopi.
- Maswood, R., Rasmussen, A. S. & Rajaram, S. (2019). Collaborative remembering of emotional autobiographical memories: Implications for emotion regulation and collective memory. *Journal of Experimental Psychology: General*, 148(1), 65.
- Matsumoto, D. & Juang, L. (2008). *Culture and Psychology*, ed. Belmont, CA, USA: Thomson Wadsworth.
- Molden, B. (2016). Resistant pasts versus mnemonic hegemony: On the power relations of collective memory. *Memory Studies*, 9(2), pp. 125-142.
- Nexon, D. H. & Neumann, I. B. (2018). Hegemonic-order theory: A field-theoretic account. *European Journal of International Relations*, 24(3), pp. 662-686.
- Reynoso, C. (2015). Formas fuertes y débiles: Retóricas de la victimización. En: *Lenguaje y pensamiento: Tácticas y estrategias del relativismo lingüístico* (Vol. 15). Sb editorial. Pp. 112-128.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). Oralidad, mirada y memorias del cuerpo en los Andes. En: *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Buenos Aires: Ed. Tinta Limón. Pp. 121-134.
- Solcoff, K. (2001). ¿Fenomenología experimental de la memoria? La memoria autobiográfica entre el contexto y el significado. *Estudios de Psicología*, 22(3), pp. 319-344.

*Este libro terminó de imprimirse en mayo del 2022, en los talleres gráficos de
Gráficas olímpica., bajo el cuidado de los autores.
Pereira, Risaralda, Colombia.*